

ñora joven que su vecino de mesa era el autor de *Jocelyn*, se desmayó de felicidad.

Fué un éxito inaudito, pero no cegó á todos sus amigos. Hubo algunos, — y siempre son los mejores, los únicos y los más raros, — que no tenían empacho en decirle la verdad:

La lectura de *Jocelyn* había excitado en Béranger un verdadero entusiasmo: « — ¡ Oh amigo mío, decía á Lamartine, es una obra maestra de poesía, de emoción y de inspiración! » Y añadía luego con la burlona sonrisa que le era característica: « ¡ Qué lástima que haya en el poema trescientos ó cuatrocientos versos que habéis encargado á vuestro portero!

Lamartine se reía y repetía la frase, que hallaba divertida. No era enteramente injusta.

Cuando en 1832 fué Lamartine á ocupar un asiento en la Cámara de diputados, le decía uno de sus amigos: « — ¿ De qué partido seréis? — Del partido social. — ¡ Social! le respondieron. ¿ Qué significa eso? No es más que una palabra. — No, dijo Lamartine, es una idea. — ¿ Pero en dónde tomaréis asiento? No hay sitio para vos en ninguno de los bancos de la Cámara. — Pues bien, replió él con una sonrisa burlona y llena de confianza, me sentaré en el techo.

En efecto, hasta 1848 Lamartine fué siempre el único de su partido.

La política le atraía y le absorbía. Se adhirió á la monarquía de Julio con ciertas reservas; fué conservador independiente. En la Cámara pronunció ardientes y fulgurantes discursos, que encantaban, sin convencerlos, á los espíritus positivos: discurso de la discusión del Mensaje (enero 1834); en el mes de junio siguiente, discurso sobre la ley de Asociaciones; la abolición de la pena de muerte (1836), la defensa de los estudios universitarios atacados por Arago (1836); la Asistencia pública, la cuestión de Oriente, en la que reclamaba radicalmente la supresión de Turquía, y numerosas cuestiones sociales en las que dió pruebas de gran amor hacia los humildes. La Cámara le escuchaba con agrado, pero no le seguía. Poco á poco fué inclinándose á la oposición, y atacó al gobierno que permanecía inmóvil, que amordazaba la prensa, que no hacía nada en favor de la masa y que lo daba todo á los intereses políticos privados. Representó á las nuevas generaciones como cansadas de esta inercia y en actitud de reclamar reformas de un poder fatigado. « Francia se fastidia », gritó en 1839. Atacó á los conservadores « el partido de los marmolillos » y anunció á Guizot « la revolución del desprecio » (1845).

Su carrera poética terminó con la *Caida de un Ángel* (1838) y con *les Recueils* (1839).

Prefirió, como cosa más cómoda en medio de sus ocupaciones, la prosa poética en que escribió sus *Confidencias* (1843-1849), sus *Nuevas Confidencias* (1851), *Raphaël* (1849) que es á su vez una confidencia, y algunos relatos menos afortunados, *le Père Dutemps*, *Genoveva*, *el Picapedrero de Saint-Point* y *Antoniella*¹.

La Caída de un Ángel, por sus ficciones satánicas ó angélicas, respondía al gusto de la época reavivado por Eloa. Este poema de once mil versos (1838) es la obra más potente de Lamartine y la menos popular, ó por mejor decir, la más desconocida. He aquí su asunto:

Cedar, ángel guardián de Daidha, se enamora de su pupila, y, renunciando á su naturaleza celeste, se hace hombre para poseer á su amada. Su vida terrestre se ve agitada por peripecias increíbles; su mujer y sus hijos mueren, y él se suicida en castigo de su abdicación.

Entremos en más detalles acerca del desarrollo, dividido en once visiones:

En las montañas del Líbano, vivían, en los primeros días del mundo, unas tribus de pastores muy hermosos, pero sometidos á la reciente cólera de Dios. Una doncella, llamada Daidha, despertó un gran amor en su ángel guardián que la contemplaba dormida. Sobrevienen unos cazadores que pretenden hacerle violencia, y entonces, el ángel se convierte en hombre y hace huir á los bandidos. Daidha se ha salvado; pero aquel hombre desconocido que aparece de pronto es sospechoso á la tribu, y le cargan de cadenas, imponiéndole el nombre de Cedar. Guarda los rebaños y piensa en Daidha sin conservar el menor recuerdo de su pasado de ángel. Daidha se enamora á su vez de él y le enseña lo poco que sabe acerca de la vida. Se entregan uno á otro. Cedar es Jocelyn casado.

Para librarse de las persecuciones de la envidia, huyen los dos amantes lejos de la tribu, pero son descubiertos y presos. Daidha debe perecer en la Torre del Hambre y Cedar es echado al río. Dotado de una fuerza poco común, se libra de las ondas, y echa abajo la torre, poniendo en libertad á su esposa.

Los fugitivos llegan al monte Carmelo, donde encuentran á un piadoso anciano, — próximo pariente de seguro del P. Aubry y del P. Souel, — el dulce Adonai, que escribe sobre láminas de bronce las palabras sagradas: un águila se las lleva y las hace caer sobre las ciudades.

Llegan cierto día, en globo unos seides de los Titanes: matan á Adonai y arrebatan á los dos esposos llevándolos al maravilloso palacio

¹ Todas las obras de Lamartine han sido varias veces traducidas en castellano. Entre sus traductores merecen figurar los ilustres humanistas americanos Bello y Caro. (N. del T.)

de Nemphed, horrible tirano que domina á los demás por la astucia y valiéndose del auxilio de agentes abominables, entre otros Lakmé, una cortesana que mata con el dardo oculto en sus besos.

Estos tiranos se complacen de ordinario en medio de los deleites ó bien con el espectáculo de los más horribles suplicios.

Nemphed sueña con hallar un medio para robustecer su poder. Medita el entregar á Daidha al deseo de todos, á fin de que haya en el país, hijos hermosos para que la raza se regenere. En cuanto á Cedar, será sometido á suplicio.

Pero las dos víctimas hallan auxilio entre sus mismos verdugos. Uno de ellos, Asrafiel está enamorado de Daidha y desea obtener su amor exclusivo. Cedar excita el amor de la cortesana Lakmé que, como hemos dicho, mata con el dardo de sus besos. Estalla la discordia, y á favor de la noche, Lakmé se hace pasar por Daidha á los ojos de Cedar á quien se lleva en su huida. Á las primeras luces del alba, Cedar, que cree estar con su esposa, ve á Lakmé. La mata y vuelve á salvar á Daidha. Llega á tiempo para arrebatársela á Asrafiel.

Parten de nuevo guiados por un falso amigo, Stagyr, que, en el camino, les roba su camello y rompe los odres de agua. Daidha y sus hijos se mueren de sed, de hambre y de calor. Cedar descubre demasiado tarde una fuente que los hubiera salvado á todos: levanta él mismo su pira y se precipita en las llamas, cruelmente castigado por haber querido modificar los designios de Dios.

Esta epopeya levantó las más constantes críticas y hay que confesar que muchas tenían razón. En efecto, en el conjunto, hay versos detestables. Además Cedar y Daidha son las dos únicas figuras bien dibujadas; Nemphed, Lakmé y Stagyr son traidores de melodrama; la acumulación de detalles horribles recuerda las peores obras de Crébillon; los chapiteles vivientes renuevan sin gran acierto las vivientes antorchas de Nerón; el plan es indeciso como la carrera vagabunda de una imaginación sin freno y sin objeto. Pero el retrato de Cedar es una pintura enérgica, y Daidha es amable, tierna y bella como la Nausicaa de Homero ó la Magdalena del Corregio. El combate para conseguir su libertad es una página nueva y varonil; la personificación de la naturaleza en el coro de los cedros del Libano; el sueño de Daidha iluminado por los rayos de la luna que envuelven su desnudez con su argentada luz como en un pastel lleno de gracia y de pudor; los amores de Cedar y de Daidha, cuya pintura hace pensar en el idilio de Longo; la unión de aquellos jóvenes en una alfombra de verdura y bajo una bóveda embalsamada, presentada con resplandeciente riqueza de imágenes y con una exaltación llena de franqueza y de pureza; el descubrimiento de sus hijos amamantados por una gacela; la lucha de Cedar con su perro; el rapto de los niños que un águila deposita sobre

una palmera; la espléndida descripción del palacio de los Titanes, la humanidad palpitante de ciertas escenas de amor ó de lágrimas, son suficientes para defender á este poema de las reservas con que se acostumbra rodearlo, y esto explica la admiración de Leconte de Lisle, cuando decía:

La crítica y el público son jueces mal informados. En *La caída de un Ángel* se hallan contenidos, las concepciones más atrevidas, las imágenes más brillantes, los versos más varoniles, el sentimiento más amplio de la naturaleza exterior y todas las verdaderas riquezas intelectuales del poeta.

Las partes admirables que contiene este poema son de primer orden. Á no ser que la admiración sea como el desquite de una lectura tan extensa y á veces tan confusa. Siempre se avergüenza uno algo de haberse tomado mucho trabajo para nada.

En *les Recueils poétiques*, hay páginas de primer orden: las estrofas al pintor holandés Wapp sobre la muerte de su hija; la *Campana* donde corrige la impresión que le había dejado en Oriente la voz viva del almuédano, más hermosa que la voz inanimada del bronce; excelentes epístolas familiares á Víctor Hugo, Alfonso Karr, Alejandro Dumas, y también algunos inútiles fragmentos de tragedias, *Saül* y *Toussaint Louverture*.

Les Recueils poétiques son la última colección de versos. Salió á luz en un momento en que la poesía lamartiniana estaba ya algo pasada de moda porque él no la había rejuvenecido y porque se repetía siempre sin acomodarse al tono del día. Únicamente extendió la gama de sus temas; á las confidencias, mezcló la política — una política vagamente humanitaria, más generosa que clara y precisa, fundada en vagos ensueños, en quimeras, y en esperanzas lejanas de igualdad fraternal. Pero su genio no estaba agotado. De tarde en tarde escribió versos en lo sucesivo; la *Marsellesa de la Paz*, la *Vid y la Casa* y la *Hija del Pescador* agregan al placer de oírle la pena de verle acabar.

Lamartine se confió mucho al público; no hizo por decirlo así otra cosa y lo hizo en verso y en prosa. *Las Confidencias* y *las Nuevas Confidencias* son como expansiones de su alma y como la historia de su vida. Sus prefacios manifiestan cierta violencia en darse á sí mismo como pasto á la curiosidad pública y en parecer « buscar una miserable celebridad en las cenizas de su propio corazón ». Fué principalmente literatura alimenticia. Había escrito más de lo que pudo colocar, porque á su muerte le quedaba inédito un volumen entero de *Memorias*. Este conjunto de farrago y de escombros se ve iluminado por maravillosas páginas. Escribe sin ver á donde va y sin otro fin que su personalidad propia. Vaga á través de sus recuerdos, y cuando encuentra un episodio como *Graziela*,

llega á un grado sublime de emoción, de expresión conmovedora y de belleza. Poco importa que se haya encontrado, reconocido é identificado á la cigarrera que sirvió de modelo para esta aventura. La cigarrera no nos interesa, pero Graziela nos encanta. Lo que nos transporta es ese mundo de sensaciones y de matices que despierta en un alma de poeta el recuerdo de un capricho. Ningún peso tienen aquí la sinceridad ó la autenticidad. Graziela ha surgido viviente y llena de verdad de su imaginación y de su corazón. ¿Se pregunta acaso á Rafael qué mujer le sirvió de modelo para su Virgen?

Si hay un exceso de complacencia interesada en la pintura de su infancia, de su belleza, de sus ojos negros, de sus cabellos sedosos y finos « me parecía á una estatua de la adolescencia », hay otras partes que son encantadoras, como el relato de su primer amor con Lucy.

Reincidió é hizo sus *Nuevas Confidencias*. Al reproche de presunción, respondía, para excusarse, que hablar á todo el mundo equivale á no dirigirse á nadie.

Hay una parte del escritor que es verdaderamente pública, y es su manera de pensar y de sentir que nos comunica á fin de despertar en nuestras almas un eco semejante ó contrario. La reincidencia no fué siempre desdichada. Hay pasajes, como el retrato del abate de Lamartine, que tienen maravilloso relieve. Es interesante toda la parte romántica: los amores de la princesa Regina, acompañada de su vibrante amiga Clotilde, con Saluce. Es una noyelita viva y agradable, donde se echa de ver, con demasiada viveza tal vez, el recuerdo de Ana Radcliffe.

R. Doumic ha encontrado el cuaderno de notas de la Sra. Julia Charles en el que iba inscribiendo detalles de su viaje. Confirma, casi por completo, el relato de Lamartine, completándolo con las cartas á Vignet y á Mounier (colecciones del marqués de Vignet y de Sr. Chéramy) pero he aquí una pequeña obra maestra: *Raphaël*.

El físico Charles¹, del Instituto, esposo anciano de una mujer joven, envió á ésta á hacer una cura de aire en Ginebra donde conocía á su colega el físico Augusto Pictet, al que confió á la pobre enferma. Salió ésta de París el 27 de junio de 1816, llegó á Ginebra el 30 donde permaneció hasta el 17 de septiembre, y pasó de allí á Aix-les-Bains (18 de septiembre-26 de octubre), volviendo á París el 3 de noviembre.

Su estancia en Aix fué á fines de temporada, cuando los bañistas se habían marchado ya. Se alojó en la casa Perrier, una modesta casa de huéspedes con un solo piso, con balcón de madera y escalera exterior, con un huerto que daba al campo. La casualidad llevó á dicha casa á Lamartine, y la vida en común en aquella soledad no tardó

1. El Sr. Charles adquirió gran fama en su juventud por sus ensayos y trabajos en materia de aerostación. (N. del T.)

en ponerlos en relaciones. Fué la vulgar aventura de hotel. En esto llegó Vignet á pasar algunos días con su amigo Lamartine, y quedó encantado de conocer á Julia.

Su conversación versaba sobre literatura y arte; por la noche las diversiones se reducían á improvisar versos ó á escribir de memoria largas frases de Chateaubriand.

Llegó el momento de regresar á París, y partieron juntos los dos enamorados el sábado 26 de octubre. El 27 se hallaban en Lon, de donde salieron el 30; Julia dejó á Alfonso en Macon el 31, detúvose allí un solo día para despedirse de su reciente amigo y volvió á su casa el 3 de noviembre, si no curada, á lo menos resplandeciente de amor. Como la cigarrera de Nápoles, la Sra. Julia Charles ha dado pretexto á una novela sentimental. Más tarde decía Lamartine: « Raphaël es la más mala de mis novelas, porque no es verdadera. » Lo que es falso, y suena á falso, es el constante cuidado de la virtud que se mezcla con el relato de esta aventura, — cuidado superfluo que le hizo borrar dos estrofas del *Lago*!. ¿Cuál fué su preocupación? ¿Ennoblecir la fábula? ¿Adornar á su heroína con una aureola de candor? ¿Guardar miramientos á la Sra. de Lamartine madre, que no supo jamás nada de esto? ¿Pero qué importan la Sra. Julia Charles y sus costumbres más ó menos ligeras? Este episodio despertó en el poeta sensaciones, sentimientos, alegrías y dolores cuyo eco, embellecido é idealizado por el genio poético, nos han valido las más bellas páginas de pasión profunda y conmovedora. La realidad se fué á fondo, y vale más dejarla dormir en las profundidades del lago del olvido donde se amontonan las perecederas ruinas; nos queda una dulce é imborrable imagen que se cierne por encima de los escombros y que vivirá siempre como la musa del amor y de la fusión de los seres, es la inmortal Elvira.

Raphaël es el diario sentimental de un corazón embriagado de amor. ¿Dónde hallar páginas más vibrantes, más inflamadas y más delirantes? ¿Dónde buscar acentos más elocuentes, una pintura más delicadamente analizada de una unión estrecha y deliciosamente necesaria? Son dulces lágrimas, insomnios llenos de una sola imagen, la fiebre, la sobre excitación del alma y del cuerpo, los paseos errantes á través de los bosques, de noche, á la azulada y tenue claridad del cielo estrellado, á orillas del lago sombreado por la alta cresta de las montañas y ante los blancos muros de la abadía de Hautecombe.

En aquella región pintoresca, en el seno de la hermosa y grandiosa naturaleza, al pie de los montes, allende los cuales centellean bajo los rayos del sol las eternas nieves de los altos Alpes, en el fondo de aquellos inmensos valles, donde duermen los grandes lagos de

1. Véase p. 101.

Bourget y d'Annecy, bajo el tibio cielo de Saboya, y en la silenciosa inmovilidad de aquellos sitios semisilvestres, olvidó al mundo para volar al espacio en busca de un alma hermana que se había escapado á través de azulados ensueños.

Allí es donde Juan Jacobo conoció y amó á la encantadora Sra. de Warens. Á algunos pasos de allí, en la otra vertiente del Nivolet, amó, lloró y cantó Lamartine, como nunca lo ha hecho :

Que le vent qui gémit, le roseau qui soupire,
Que les parfums légers de ton air embaumé,
Que tout ce qu'on entend, l'on voit ou l'on respire
Tout dise : Ils ont aimé !¹

Su corazón lleno de ternura y devorado por la necesidad de amar, su alma expansiva y acariciadora se apegaron á la mujer amada, como la enredadera al rosal. Depositó á sus pies este tesoro inmenso de simpatía.

Lamartine resume en el amor toda la filosofía y toda la moral humana, amor á los seres y á las cosas, bondad, piedad y fraternidad. Es la conclusión que se deduce de sus especulaciones acerca de la vida ; toda su ética se halla contenida en esta estrofa, ligera, como las sonrosadas nubes que flotan por encima de los olivos de Joppe :

Ainsi qu'on choisit une rose
Dans les guirlandes de Sarons,
Choisissez une vierge éclore
Parmi les lys de nos vallons.

Enivrez-vous de son haleine,
Écartez ses tresses d'ébène,
Goûtez les fruits de sa beauté,
Vivez, aimez, c'est la sagesse !²

Lamartine, ya anciano, se vestía aún como un joven, con una levita entallada y un pantalón ceñido. Cuando la Academia francesa recibió al Sr. de Laprade, quiso asistir á la recepción de su fiel discípulo. Fue

1. Que el viento que murmura, la caña que suspira
Que los tenues perfumes de tu aire embalsamado,
Que todo lo que se oye, se contempla ó respira
Todo diga : ¡ Han amado !

2. Cual se coge una rosa
De Sarón en los llanos afamados,
Escoged una hermosa
Nacida entre los lirios de estos prados.

Embriagaos con su aliento,
Y destrenzad su negra cabellera ;
Gustad de su belleza el gran portento ;
Vivid, amad : ¡ Es ciencia verdadera !

á sentarse, — cascado, encorvado, enteramente cano, — en medio de sus colegas. En el momento en que acababa de tomar un polvo de tabaco y se inclinaba para sonarse en un pañuelo de cuadros, el Sr. de Laprade se volvió hacia él y le designó con esta perifrasis enteramente poética : « ¡ El amante de Elvira ! » Todo el mundo sonrió, y solo el Sr. de Lamartine conservó su seriedad.

Rara vez hizo relatos en que él no fuese el héroe y que no naciesen de su propia experiencia. Hay que notar sin embargo, sus ensayos de exteriorización en que estudia y describe estados de alma que no fueron los suyos, como el relato, en las *Nuevas Confidencias*, de los amores de su amigo con una princesa italiana, ó como sus novelitas rústicas ó populares, conforme al modelo puesto de moda por Jorge Sand y Hugo, *le Père Dutemps*, *el Picapedrero* y *Genoveva* donde la verdad tiene gran relieve y brillo. Pero este novelista de ocasión fué muy inferior al poeta.

Su situación literaria era entonces considerable.

Con motivo de su consagración había hecho llamar el rey al Sr. de Corbière ministro entonces de Instrucción Pública :

— Señor ministro, formad una lista de diez escritores contemporáneos para darles la cruz de la Legión de Honor.

Al día siguiente estaba pronta la lista. Entre los candidatos figuraban Lamartine y Víctor Hugo. Carlos X tomó el papel, lo leyó con mucha atención, cogiendo una pluma borró los dos nombres con gran asombro del ministro.

— ¡ Cómo ! sire...

— Señor de Corbière, si borro estos dos nombres es para reservarlos. Los Sres. de Lamartine y Víctor Hugo merecen cada uno en particular un decreto especial.

Al recibirle en la Academia francesa, le había reprochado Cuvier el que pensase en desempeñar un papel político ; hubiérase dicho que no tenía derecho de hurtar ni un solo día á la poesía. Lamartine no tuvo en cuenta este parecer. En política, se inclinaba cada vez más hacia la izquierda, hacia la oposición á Luis Felipe y escribió entonces un libro, *los Girondinos* (1847) que fué un gesto y un acto. El éxito fué prodigioso. La tirada no bastaba á cubrir los pedidos. « He ganado mi pequeño Austerlitz », escribía. Arrancábanse de las manos el volumen que tomó los caracteres de un formidable libelo político. Es una obra de documentación rápida, pero que entusiasma. Lamartine se dejaba llevar de la corriente de simpatía que Thiers, Mignet, Michelet y Louis Blanc hacían circular en torno del recuerdo de la Revolución

Se nota en su convicción cierta vaguedad, pues reconcilia á Vergniaud con Robespierre. « Ha dorado la guillotina », dijo Chateaubriand. El efecto fué inmediato y seguramente debió admirarle. Quería apagar el fanatismo revolucionario y le dió nuevo alimento. Pudo darse cuenta de que, á pesar suyo, había contribuído á este resultado cediendo con frecuencia — es su *mea culpa*, — más bien á la popularidad que á la verdad. Más tarde reconoció su error.

En Jerusalén, una iluminada, lady Esther Stanhope, le había predicho que llegaría al poder, y así sucedió. La Revolución de 1848, que su libro desencadenó en parte, le llevó al pináculo.

La *Historia de los Girondinos*, declaró Stern, gracias á la imagen de tan grandes héroes es como un reproche dirigido á nuestras pequeñeces. La monarquía de Julio se vió conmovida por aquel recuerdo del pasado. Ocupaba el ministerio Guizot. Lamartine se mantuvo en el papel que le atribuía el éxito de su libro en los banquetes políticos, en Macon, en París, el 22 de febrero de 1848. Declaróse partidario de la República diciendo: « Desconfiemos de las sorpresas del corazón. » El 24 de febrero el pueblo invadió la Cámara y el presidente Sauzet levantó la sesión en medio de un gran tumulto. Lamartine abandonó la sala y se dirigió con gran número de sus colegas al Hotel de Ville donde se nombró un gobierno provisional, que le confió la cartera de negocios extranjeros. Quedó proclamada la República y Lamartine fué el héroe del día, hallándose á dos dedos de la dictadura.

Hay que leer las cartas á sus sobrinas publicadas por la Sra. Emilio Ollivier:

« ¡Oh! ¡ que días y qué noches acabo de pasar, pisando sangre, hablando, sin exageración, sobre cadáveres, rodeado de millares de sables, bayonetas y fusiles cargados y sin cesar dirigidos contra mi pecho y agitados en torno de mi cabeza; en medio de las columnas de paisanos borrachos y furiosos que se sucedían sin cesar pidiendo á ¡Lamartine!, lanzando horribles amenazas; luego se enternecían, bañaban con lágrimas mis manos, me arrancaban mi traje (he perdido tres) y ya se tornaban mansos como corderos ó como leones domados, obediéndome cada vez más; hasta que venían á reemplazarlos otras columnas furiosas, inundando las escaleras y las habitaciones y hundiendo las puertas al grito de « ¡Lamartine! ¡ Sólo queremos á Lamartine! ¡ que nos den su cabeza! » Á esto sucedía la misma escena de amenazas y de ternura. Entre tanto ni un pedazo de pan ni un vaso de agua en veinticuatro horas.

Al día siguiente, sólo tuve agua y pan; mi mujer estuvo separada de mí treinta y dos horas, sin recibir noticias mías y teniendo yo la casi certitud de que mientras el pueblo nos ahogaba, la Guardia nacional y el ejército, declarados en favor de la regencia, iban á venir de un momento á otro á cortarnos la cabeza. El viernes me tiraron sesenta tiros, sostuve sesenta debates y di doscientas órdenes.

En fin, en la noche del viernes pude enviar unos mensajes por mí mismo á todos los barrios, llamando hombre por hombre á mil doscientos valientes jó-

venes y guardias nacionales; al mismo tiempo iba apoderándose de todos el miedo y renacía el valor al oír el relato de mis esfuerzos para salvar á París. Á esto se agregó la doble victoria del gobierno y los cien mil hombres que se levantaron en armas en los barrios populosos *gracias á mi solo nombre*. El sábado y el domingo, pasaron revista en mi presencia ciento veinte mil bayonetas de hombres fieles de todos los partidos, á los gritos de: ¡ Viva Lamartine! y ¡ viva la República! Durante dos días, me condujeron á mi casa cuarenta mil hombres, siendo imposible andar por las calles por miedo de verme ahogado por los apasionados abrazos del pueblo. *Todos los partidos, legitimistas, católicos, republicanos, banqueros y militares burgueses* se adhieron á mí como al único partido. ¡ Era aquello la adoración universal y el entusiasmo más allá de los límites de todo lo hecho jamás en honor de hombre alguno en la historia. Repito aquí las expresiones *unánimes*. Hoy día, París está tan tranquilo, tan guardado y tan feliz como un día de fiesta en la primavera. ¡ Ni una sola víctima! ¡ Ni una sola proscripción! ¡ Ni una sola venganza! La pena de muerte ha quedado suprimida por mí en lo político al cabo de cinco días de esfuerzos. El rey fugitivo anda oculto; la duquesa de Orleans y su hijo se hallan bajo mi responsabilidad y espero que están á cubierto de todo peligro. He aquí el corto pero literal relato de estos seis días.

Al mismo tiempo se iba afirmando merced á algunas de esas frases oratorias que llegan hasta el corazón del pueblo. Tenía el don de la elocuencia. Uno de sus oyentes, Filiberto Audebrand, decía:

Habia yo tenido ocasión de escuchar á todos los grandes oradores, á Berryer tan espléndido; á Guizot tan magnífico por su desdén; á Montalembert tan amenazador; á Michel (de Bourges) de elocuencia tan áspera; á Thiers tan exacto y de tan cautivadora palabra; á Dufaure tan claro; á Ledru Rollin tan lleno de color; á Victor Hugo tan rico en efectos; á Victor Cousin tan irónico; á Julio Favre tan abundante. Y aun olvido no pocos. Lamartine los sobrepajaba á todos por el encanto de su palabra.

Emilio Ollivier ha referido cómo preparaba Lamartine sus discursos:

Pensaba en ellos constantemente, al andar, al hablar con unos y con otros, con los especialistas á propósito de las cuestiones especiales. Sus primeros discursos fueron escritos. Más tarde, se contentó con tomar notas. Ponía ante sí una gran hoja de papel, escribía en medio las grandes divisiones en letra gorda, alrededor, y en caracteres más finos, los argumentos; é iba poniendo en las extremidades las frases y las palabras capaces de impresionar, á medida que las encontraba.

De esta suerte en la hoja memento del discurso del banquete de Macon, las frases famosas: « *Francia se fastidia, y la revolución del desprecio* » se hallaban en los bordes del papel.

Consagró sus cuidados á las instituciones democráticas. Tuvo sus hermosas horas de arrojo. El 25 de febrero, llegó al Hotel-de-Ville un grupo de obreros sin trabajo á intimar al gobierno que enarbolase la